

**Don Quijote en
la poesía colombiana.
Antología**

Selección y comentarios de David Jiménez
Con la colaboración de Bibiana Castro

LEYENDO EL *QUIJOTE*
(Fragmentos)

. . .

Amor a imponderables Dulcineas,
¿no es el trasunto del amor perfecto
que sólo en sideral rumbo de ideas
puede lograr inagotable efecto?

. . .

Largo tiempo creyose era el Manchego
vapulación de andantes aventuras,
ceniza helada para el fatuo fuego
de fantásticos sueños y locuras.

Mas ¿cómo de Amadís reír pudiera
quien de lo grande inspiración anida,
ni propinar sarcasmo a la quimera
de quien quiso encontrar lo bello en vida?

¿Ni quién puede decir dónde termina
de la Razón creadora el Paraíso?
—¿En dónde el lampo de su luz divina
comienza a devorar o es indeciso?

. . .

Surgen apasionados caballeros,
—con sus yelmos, lorigas y bridones—
y del lado del débil sus aceros
ponen para escarmiento de felones.

Por su Dios y los ojos de su dama,
por Religión y Amor, todo lo emprenden,
y ellos, ardiendo en esa doble llama,
luz de Justicia en hosca noche encienden.

. . .

No fue, no, con la risa volteriana
que el libro de Cervantes tuvo empeño,
sino con sed de artista que se afana
por dar vivo contorno a su diseño.

No hay en Sancho juglar, bufón, payaso,
sino de vida real burdo relieve,
franco decir de ceremonia escaso
que el instinto común colora y mueve.

. . .

¿Qué valen la abstinencia ni el cilicio,
la oscura soledad, noches en vela,
en busca de lo ignoto el sacrificio
de aquellos que el polar invierno hiela?

. . .

Debajo la ilusión de impura arcilla,
debajo del histrión y la bacante,
debe de haber oculta maravilla
que ofrece a la Verdad cumbre radiante.

Rafael Núñez (1825-1894)

[*Poesías*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1977. 148-152.]

El poeta romántico inglés Byron afirmó que la novela de Cervantes había extinguido con una sonrisa la llama de la caballería en España. No fue el único, ni el primero, en sostener una acusación de tal envergadura sobre el *Quijote*. El poema de Rafael Núñez asume la defensa del personaje de Cervantes y desarrolla una especie de tesis contraria: don Quijote no es una burla del heroísmo caballeresco, no es un puñado de ceniza helada contra el fuego fatuo de los sueños fantásticos, para extinguirlos. Es, por el contrario, su exaltación, en la imagen sintética de una doble llama: la religión y el amor.

LECCIÓN DEL QUIJOTE (Fin del capítulo XII, parte 2^a)

¿Y no serán Quijotes los que enfrente
siempre ven malandrines y follones
y a lanza y plomo apelan —no a razones—
para que el bien común firme se asiente?

Ojalá tanto paladín demente
que patria y pabellón ama en jirones,
con el Manchego alumbre sus visiones
y con sus aventuras escarmiente;

y regrese, como él, al propio campo,
“vencedor, no de hermanos, de sí mismo,
que es la más ardua y la óptima victoria”.

He aquí, ¡oh Miguel! un rayo, un breve lampo
de tu luz: inmolar el egoísmo
y abrir el patriotismo
al vuelo de tu lengua y de tu gloria.

Rafael Pombo (1833-1912)

[*Anuario de la Academia Colombiana* Tomo I. Vol. 2 (1874-1910): 132-133.]

El poema de Pombo parece tomar el camino opuesto al de Núñez. La lección que quiere extraer de la obra de Cervantes, para la Colombia decimonónica de las guerras civiles, no se deriva del quijotismo irracional que ve malandrines por doquier y apela a los argumentos del plomo y de la lanza. A los paladines dementes que aman la patria en jirones opone las victorias de la razón, del vencerse a sí mismo como la mejor victoria.

SONETO DIALOGADO

Yo

¿Quién eres, Dulcinea, alta señora
del Caballero de Figura Triste?
Si la que vio el villano, Aldonza fuiste,
¿dónde estás tú, la que el hidalgo adora?

Ella

En otra parte. Cuando el cielo llora,
Iris de galas fúlgidas se viste;
fugaz prodigio, que inmortal existe;
cual Noé lo admiró, lo ves tú ahora.

Así una y varia soy; mi nombre, incierto;
quién Hebe me llamó; quién, Galatea,
estrella, hija del mar, flor del desierto.

Al que a solas conmigo fantasea,
vivo le inspiro y le coronó muerto:
Aldonza barro fue; yo soy la Idea.

Miguel Antonio Caro (1843-1909)

[*Anuario de la Academia Colombiana* Tomo I. Vol. 2 (1874-1910): 117.]

El “Soneto dialogado” de Miguel Antonio Caro coincide en su tema con una de las estrofas del poema de Núñez: las “imponderables Dulcineas” son “el trasunto del amor perfecto”. Si la real, la que vio Sancho, era Aldonza Lorenzo, ¿dónde está la que el hidalgo adora? “En otra parte”, en esa otra parte que es la patria de las ideas, en la que Dulcinea del Toboso no es un sueño romántico subjetivo sino Idea inmortal, una y varia, de nombre incierto, que bien puede llamarse Galatea o Hebe, ser estrella, hija del mar o flor del desierto. Este contraste perpetuo entre el ideal eterno y la realidad contingente es la esencia misma del libro de Cervantes, y de todo arte verdadero, afirma Caro en un ensayo sobre el *Quijote*.

ROCINANTE

Gastada la cerviz y ocioso el diente,
ya sin humor ni fuerzas, Rocinante
en correr aventuras adelante
mostrose a don Quijote inobediente.

Siempre ingenioso, un pienso en el hiriente
lanzón coloca el caballero andante;
y tras pienso y lanzón corre anhelante
el pobre bruto que los mira enfrente.

Mas huye el pienso cuanto más avanza,
pues cabalga en el bruto el caballero,
y lleva el caballero pienso y lanza.

Al mirarlos prorrumpe el escudero:
“¡así el amo del pobre Sancho Panza
va tras lo justo, hermoso y verdadero!”.

José María Rivas Groot (1863-1923)

[En el artículo “Anotaciones bibliográficas sobre don José María Rivas Groot”. J. J. Ortega Torres. *Anuario de la Academia Colombiana* Tomo X (1942-1943): 34.]

Como el bruto tras el pienso, así el caballero tras los valores ideales: el soneto de Rivas Groot sale mal parado del símil sobre el cual está construido. La comparación proviene de la imaginación de Sancho Panza y esa sería una supuesta explicación para su escasa virtud poética. El ideal no se encuentra en un empíreo trascendente, como en los versos de Caro. Es sólo un espejismo, una permanente decepción. Su única virtud consistiría en mover al hombre generoso y hacerlo correr tras lo inalcanzable.

FUTURA

Es en el siglo veinticuatro,
en una plaza de Francfort
por donde cruza el tren más rápido
de Liverpool para Cantón.
La multitud que se aglomera
de un pedestal alrededor
forma un murmullo que semeja
el del mar en agitación.
Suena la música de Wagner
y el estampido del cañón
y entre los hurras populares
sube a su puesto el orador.
Es el alcalde, Karl Hamstaengel,
el que preside la reunión
y en el silencio que se agranda
dice con monótona voz:
"¡Ciudadanos! ¡Compatriotas!
¡Salud! Honrad al fundador
de la más grande de las obras
de nuestra santa religión.
¡Eterna gloria a su divisa,
eterna gloria al redentor
que con su ejemplo y sus palabras
el idealismo desterró!
Salud al genio sobrehumano
cuyo evangelio derramó
de este planeta por los ámbitos
la postrera revelación.
¡Paz y salud a los creyentes!
¿Cuál de nosotros lo invocó
sin sentir instantáneamente
mejorarse la digestión?
¿Cuál en sus heroicos sueños
de entusiasmo y de valor
al inspirarse en sus ejemplos
no vencerá la tentación?"

Ha cuatro siglos que los hombres
lo proclaman único Dios.
Su imagen ved, su noble imagen,
su imagen ved...”

Un gran telón
se va corriendo poco a poco
del pedestal alrededor,
y la estatua de Sancho Panza,
ventripotente y bonachón,
perfila el contorno de bronce
sobre el cielo ya sin color..
Cuando de pronto estalla un grito,
un grito inmenso, atronador,
de quince mil quinientas bocas
como de una sola voz,
que ladra: “¡abajo los fanáticos!
¡Abajo el culto! ¡Abajo Dios!”
Es un mitín de nihilistas,
y en una súbita explosión
de picrato de melinita
vuelan estatua y orador.

José Asunción Silva (1865-1896)

[*Poesías*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1979. 274-277.]

Extraño poema éste de Silva, perteneciente a la serie de *Gotas amargas*. Una nota de pie de página, en la edición crítica del Instituto Caro y Cuervo, preparada por Héctor H. Orjuela, informa que casi todas las antologías omiten los diez últimos versos. La idea de un mundo futuro en el que los ideales quijotescos han sido desterrados y el sanchopancismo, interpretado como la reducción de la vida a los valores materiales, se ha vuelto religión, no es lo extravagante en estos versos. Por el contrario, fue una queja frecuente entre los modernistas, asociada al temor de un fin cercano del arte. Son precisamente los diez versos finales los que golpean con furia al lector, pues profetizan que el quijotismo desterrado se convertirá en terrorismo.

DICHOSA EDAD

No hay paso en que con rasgos y colores
no haga inmortal Cervantes al Manchego,
que por siglos y siglos andariego
alecciona a palurdos y a doctores.

Hora, cuando con bombas y terrores
entre ricos y pobres arde el fuego,
qué ameno es ver, en rústico sosiego,
al Hidalgo almorzando entre pastores.

Sancho olvida el ayer y el por delante
ante cebollas del presente y quesos;
mientras el flaco soñador andante

clama, los dedos hacia el cielo aspados:
“Dichosa edad, dichosos siglos esos
a quien llamó la antigüedad dorados”.

José Joaquín Casas (1866-1951)

[*Obra selecta*. Bogotá: Talleres Gráficos del Banco de la República, 1970. 195.]

José Joaquín Casas es autor de una serie de sonetos titulada “Motivos del Quijote”. En ellos profesa un qui jotismo que fue muy característico de los sectores más conservadores de Colombia en las décadas finales del siglo XIX y las iniciales del XX. Don Quijote significa, para ellos, la encarnación de la nobleza, de las costumbres señoriales, de la tradición española continuada en América. El hidalgo manchego es, pues, su primo, su antepasado, la garantía de pertenencia a un linaje distinguido. Sancho, por el contrario, representa la vulgaridad del pueblo ignorante para el cual no cuentan sino “las cebollas del presente”. El soneto “Dichosa edad” idealiza el cuadro bucólico del almuerzo compartido entre pastores y caballero, para contrastarlo con el presente, “cuando con bombas y terrores / entre ricos y pobres arde el fuego”.

QUIJOTE Y SANCHO

¡Oh Quijote inmortal, loco sublime
a quien el miedo avasallar no pudo,
ciñe el casco otra vez, tóma el escudo,
álza el penacho y el lanzón opríme!

El ideal bajo la carne gime:
abáte al nuevo Sancho, al sajón rudo
y tras heroico batallar sañudo
los fueros del espíritu redíme.

Sancho es el interés y tú la idea;
él traficante vil, tú caballero;
tú buscas el honor, él la pitanza.

¡Haz que en pró de la eterna Dulcinea
humillado te sirva de escudero
y se azote la carne Sancho Panza!

Carlos E. Restrepo (1867-1937)
[*Cervantes en Antioquia*. En el cuarto centenario del nacimiento de don Miguel de Cervantes Saavedra. Medellín: Universidad de Antioquia, 1947. 209.]

Carlos E. Restrepo figura en la historia de Colombia como político y presidente de la República, no como poeta. Su soneto “Quijote y Sancho” carece de todo interés si se lee exclusivamente como una repetición de los tópicos ya exhaustos del loco sublime y el burdo escudero. El giro que toma el poema al referirse a un “nuevo” Sancho, “el sajón rudo”, permite reinterpretarlo como una versión del arielismo de comienzos del siglo XX. Don Quijote, encarnación del idealismo, el honor y el espíritu desinteresado y heroico, sería el símbolo del espíritu latino, contrapuesto a los valores sanchopancescos de la cultura sajona. La intervención norteamericana en la separación de Panamá puede haber servido como pretexto histórico para estos versos.

CERVANTES EN EL EMPÍREO

Díme, buen hijodalgo don Miguel de Cervantes,
Caballero en la tierra de un azul clavileño,
si a tu diestra descansa con apacible ceño
el dechado de nobles caballeros andantes.

Si libre de follones y duques maleantes,
en vez de la bacía, lleva un airón de ensueño
e ilumina la risa su rostro zahareño,
o si lucha en los cielos con sublimes gigantes.

Y tú, paladín triste, de quien decía el cura
que más versado eras en desdichas que en versos,
¡perdónanos a todos tu inmensa desventura!

Y ríe, ríe lleno de celestial bonanza:
los hombres son los mismos, cuitados o perversos
y el mundo es ya la ínsula del Señor Sancho Panza.

Maximiliano Grillo (1868-1949)
[*El Gráfico* 394 (febrero 23 de 1918):347]

El poema de Max Grillo tiene un eco de letanía a Nuestro Señor don Quijote, santo y mártir del esteticismo modernista. “Perdónanos a todos tu inmensa desventura”, dice, como si don Quijote fuera un Cristo que padece por todos para redimirnos a todos. Y la expresión final: “el mundo es ya la ínsula del Señor Sancho Panza” suena a la consabida queja modernista, la misma de Silva en “Futura”, por el fin del arte y el reinado actual de la antipoesía.

SONETO DIALOGADO

Yo

“¿Quién eres, Dulcinea, alta señora
del Caballero de Figura Triste?
Si la que vio el villano, Aldonza fuiste,
¿dónde estás tú, la que el hidalgo adora?”

Ella

Hay un palacio inmenso donde mora
la maga Fantasía. Ella reviste
allí de aéreas formas cuanto existe,
todo en plácida luz lo baña y dora.

El Manchego gentil allí algún día
me vio entre sueños; despertó en su aldea
y a buscarme salió con rumbo incierto.

Quiso dar cuerpo a lo que visto había,
y a Aldonza confundió con Dulcinea:
¡Ay! iloco fue porque soñó despierto!

Antonio Gómez Restrepo (1869-1947)

[En el artículo “Un estudio de Rodrigo Noguera sobre los sonetos dialogados”. *Senderos* 6 (julio de 1934): 297.]

El “Soneto dialogado” de Gómez Restrepo es una variación sobre el tema propuesto en el soneto de Miguel Antonio Caro. El punto de partida es la misma estrofa inicial, la pregunta a Dulcinea por su verdadero ser, si alta señora o rústica aldeana. “Aldonza barro fue, yo soy la Idea”, es la respuesta en los versos de Caro. En los de Gómez Restrepo, Dulcinea parece más bien un sueño romántico de don Quijote. La locura de éste consistió en confundir el sueño con la realidad y de ahí la decepción expresada en el último terceto. Gómez Restrepo fue un discípulo obsecuente de Caro, pero el sentido de su poema se aparta por completo del de

su maestro, quizá sin proponérselo. A menos que la maga Fantasía y su palacio sean una alegoría del reino de las Ideas, y el ver entre sueños del caballero deba traducirse como una visión de otra realidad y no como un simple soñar despierto.

LA RAZÓN DE DON QUIJOTE

En una noche fría, tormentosa y oscura
de esta breve ciudad y al rayo intermitente
de un farol moribundo que avisaba a la gente
los peligros de un bache o el montón de basura,

topé con un pulido señor (yo era estudiante;
ceñía capa, sombrero alón y fina daga)
y él exhibía el más exótico talante
que es posible soñar para esa noche aciaga.

Alto, huesudo y ágil —frisaba en los cincuenta—;
negros mostachos graves y largos y caídos;
frente espaciada y comba, color amarillenta,
y los ojos como unos carbones encendidos.

Flacas eran sus manos, de afilada nobleza,
ágiles, sarmentosas, y simulaban garras
por el velludo envés; dignas en su fiera
de estoques y rodellas, dardos y cimitarras.

Relievaba un jubón el pulcro pecho hidalgo;
las medias ya rompían dos rodillas puntudas,
y en el severo porte se revelaba un algo
de grandioso y risible, que me sacó de dudas.

—¡Don Alonso! —le dije—. ¡Vive Dios, si es extraña
vuestra presencia aquí, muerto hace tantos siglos!
—¿Muerto yo? ¡Estoy más vivo que en mi solar de España
entre duques y dueñas, gigantes y vestiglos!

¿Muerto? Si mi envoltura no es la frágil corteza
que se pudre entre el cieno de una tumba olvidada:
mi vida no es la vida que da naturaleza;
esta carne que ves, ya está inmortalizada.

¿No oíste cómo Júpiter de entre su sien fendida
sacó a la núbil Palas con el yelmo de oro,
la lanza cimbreante, la coraza bruñida,
y en los labios la miel de su saber sonoro?

Así, mi excelso padre, cuando la vil Fortuna
le abrió el pecho de un tajo sordo, avieso y profundo,
sintió que por la herida se deslizaba una
hija de su dolor...y aparecí en el mundo.

Alenté para el Bien, pero la turba ignara
no descifró el enigma de mi falaz locura:
sublimar lo rüin convirtiéndolo en ara;
dar alas al gusano para vencer la altura.

Yo sabía como ellos qué fueran los batanes.
No me fingí guerrero cuando atacué el rebaño;
en amos trocar quise los pajes; los rufianes,
en gente; en oro, el cobre: irenovador engaño!

Pugné por elevar lo común y mezquino
ciñéndole la toga de lo insigne y procero
porque oyesen rugir al león en el pollino
y en el gañán mirasen un alto caballero.

Probé comunicarles esa mágica alquimia
que transforma lo inane para exaltar su esencia,
y presta a lo real una virtud eximia
que da a la sordidez la faz de la opulencia.

Ansié lo que el ingenio lograra con el oro:
hacer de un polvo extraño trueques de lo inaudito,
y exigí a todo pecho su ignorado tesoro
para clisar en hombres rasgos del Infinito.

Enseñé la ebriedad que produce el ensueño,
y a trocar el querer en un mago esplendente:
les conquisté el azul, montado en Clavileño,
y convertí a Montiel en Meca del creyente.

Mas eran rudos, tercos y zafios:
no supieron del mirífico mundo que lo real esconde:
donde había un molino, sus ojos sólo vieron
un molino, y un conde, cuando pasaba un conde.

Magnifiqué las cosas para darles sentido
a la Vida, al Dolor, al Combate, a la Ley,
y no ver mustias pajas cuando se mira un nido
ni ver divinos lampos cuando se mira un rey.

Agiganté los seres de este mundo pequeño
para valorizar en él toda incidencia;
para borrar las lindes que separan el sueño
de la vigilia; el vago pensar, de la conciencia.

En alguna ocasión usé al revés mi lente
para anular su escala de magnas proporciones:
parece que aquel día sí se admiró la gente
viéndome ante la abierta boca de los leones.

Y por vivir la antítesis de mi ideal austero
gozando del contraste con la pasión villana,
muy cerca de mí puse mi sórdido escudero:
el símbolo perfecto de la progenie humana.

Por él supe los chismes de la parroquia artera,
los líos del barbero, del cura y la sobrina;
la fofa brillantez de la clase altanera
y la malignidad de la chusma ladina.

¡Rudo afán! ¡Vano esfuerzo! ¡Testarudez sin gaje!
No hay con quién (y eran muchos) ¿Qué haré? ¡Rómpase
el lente
que hacía ver las cosas tan grandes!...Ya el miraje
se redujo. Estoy cuerdo y en medio de mi gente.

Por eso di a creer que creía en la farsa
del Bachiller del cuento; mas como nada había
digno de retenerme con aquella comparsa,
fingí que estaba grave, y, al fin, que me moría.

Y me enterraron presto, sin contar con la extraña
fuerza que dio a mi vida don Miguel (que Dios guarde).
Como soy inmortal, pude fugar de España
en Palos de Moguer, sin rüido ni alarde.

Pues supe que el virrey don Blasco Núñez Vela
partía para Indias a colgar a un Pizarro,
y cautelosamente tomé su carabela,
sin ganas de hacer viso, ni muñir el cotarro.

En Túmbez alguien dijo de un soldado extremeño
que fundaba ciudades, y era recio jinete,
fogoso y muy andante, ni grande ni pequeño,
y temido en la lanza, la espada y el mosquete;

Dábanle como nombre Moyano y Belalcázar;
para fundar aquí, vino de Cajamarca
en el Perú; tres veces dejó su verde alcázar
para salvar los quintos de un ingrato monarca,

que se olvidó muy listo de aquellas correrías,
— a combate sin fin, asendereadas treguas—
viajes de rojos duelos y sordas agonías
que alcanzaron por cifra “dos mil quinientas leguas”.

Me gusta el mozo, dije; bajo su alar me siento.
Ya que puedo, invisible les seré a mis paisanos.
Cuando surjan mis pares, he de darles aliento
y fundaré este nuevo solar de los Quijanos.

Siete veces me han visto mis hombres en tus plazas:
Torres, Caldas, Obando, Julio, Albán y Mosquera
—sublime concreción de perínclitas razas—
Cumplieron mis premáticas con elación sincera.

Alguno me recuerda mi andanza entre galeotes
cuando quebró de un ímpetu los hierros del esclavo,
y otro, prez de mi sangre, pagó sus fieros brotes
—nuevo Juan de Padilla— muriendo como un bravo.

La prodigiosa lente que yo rompiera un día
restauré para ellos y vieron cosas grandes,
y esta sorda llanura de fútil ufanía
se alzó a su voz en moles más firmes que los Andes.

Como yo, blasonaron lo vulgar, y su empeño
se hizo heroico: la fuerza, lumbre, y la hazaña, gloria;
y como fueron grandes, su anhelar fue pequeño:
un gajo de laurel y una sigla de Historia.

Ellos me presentían y acudí a su reclamo.
Más felices que yo, murieron en la brega:
si su pueblo atendiese la voz con que lo llamo,
ivolvería la luz a su pupila ciega!

Pero ellos, ¡ay!, también sufrieron la tortura
del odio vil, la envidia, la ingratitud taimada.
No hubo en su soledad ni esa falaz dulzura
en la esponja, preludio de la feroz lanzada.

Como el Señor Jesús y como el Caballero
de la Triste Figura los tuvieron por locos
sus hermanos; la plebe les erizó el sendero
de espinos y en pos suya iban pocos, muy pocos.

Es el término cierto de cuantos en la vida
se afanan por tallar los guijarros en gemas;
a todo noble pecho va la flecha buida
y hasta el oído mártir, ilas cóleras blasfemas!

—Y siendo así —le dije— ¿para qué el sacrificio
estéril?— Y él, airado: —Para que la existencia
tenga un noble valer que nos haga propicio
el sino, bajo el claro fanal de la conciencia.

Y el triste caballero díjome: — ¡Ven conmigo!—
y me llevó hasta el ápice de la oriental colina
que guarda la ciudad, y agregó: —En este abrigo
febril hay el ensalmo de una misión divina.

Al andar de los años siempre surgirá un hombre
con ese ardor pujante que mi cerebro inflama:
aquí mora mi espíritu libre y vivificante;
yo estoy entero aquí con mi nombre y mi fama.

Diles a cuantos crucen el sellado recinto
que las piedras que puedan arrojarles un día,
las alcen, que con ellas les labrarán un plinto
esos que las lanzaron en su saña bravía...

Y cuando alcé a mirar, sentí que estaba solo,
solo como el que muere. Descendí a paso lento
la senda en espiral. Ya el valor acrisolo
de esa hora fugaz y honda como un lamento.

Y recordé a Jesús en su queja doliente:
“Jerusalén, que así tus profetas lapidas:
con cuánto amor combé mis alas dulcemente,
como hace el ave tierna con sus proles transidas,

para darte calor y arrullarte en mis brazos,
pero tú no quisiste...”

Y en las calles desiertas
se oía, entre silencios, el rumor de unos pasos
y el sollozar de un hombre por las glorias ya muertas...

Guillermo Valencia (1873-1943)

[*Obras poéticas completas*. Madrid: Aguilar, 1952. 659-665]

Igual que Casas, Guillermo Valencia fue también pariente de don Quijote, a quien no llamó Alonso Quijano el bueno, como lo hizo Cervantes, sino don Alonso de Quijano, agregándole el “de” para darle digna entrada a la galería de sus antepasados, celebrada en una serie de sonetos. El poema “La razón de don Quijote” es un desvarío en torno a la leyenda según la cual el hidalgo manchego yace enterrado en Popayán. Las últimas estrofas son como un legado de don Quijote a su heredero: la ciudad natal del poeta, dice el caballero, es la morada, el refugio último del espíritu quijotesco. Éste consistiría, según lo muestra Valencia, en un conjunto de tópicos característicos del tradicionalismo conservador: sordidez de los escuderos, heroísmo de los hidalgos, mezquindad de la turba, sufrimientos del hombre superior incomprendido, idealismo caballeresco. La lección final de don Quijote en este poema —alza las piedras que te arrojen, pues con ellas construirán el monumento a tu grandeza— se acomoda mejor a la ideología aristocrática de Valencia que al pensamiento de Cervantes.

A DON QUIJOTE

Torna el sol a brillar, noble Manchego,
sobre el oro radiante de tu escudo.
De la sacra colina donde el fuego
los cantores encienden, te saludo.

La florida canción de tu alabanza
llegará como un salmo a tus oídos,
mientras sigan el hierro de tu lanza
con apático rostro los vencidos.

Por ti reina gloriosa la bizarra
noble tierra del verso y los laureles,
la que canta el amor con la guitarra
y el poema de luz con los pinceles.

Donde mezclan sus sonos los gaiteros
con los aires nativos de la sierra
y derraman la flor los naranjeros
cual cosecha de amor sobre la tierra.

Donde brunas pupilas se adormecen
cuando rompe a gemir la serenata,
y en el seno de Carmen reflorece
entreabiertos claveles de escarlata.

¡Cómo vencen tu Alhambra y tu Sevilla
con su fiesta de sangre y sus verbenas;
cómo flecha la aguda seguidilla
corazones de vírgenes morenas!

¡Ah! la patria del vino y los aceros
donde triunfan las torres encantadas;
donde forman concierto los panderos
con el rayo vivaz de las espadas.

Mientras huyen tus hijos el sosiego
coronamos de rosas tus leones;
saludamos la sombra del Manchego
con el himno triunfal de las canciones.

Y marchamos, vencidos y risueños,
tras el rudo perfil de su semblante,
con la flámula azul de los ensueños
al cansado trotar de Rocinante.

Víctor Manuel Londoño (1876-1936)

[*Obra literaria. Verso y prosa*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1938. 107-108.]

“A don Quijote” de Víctor Manuel Londoño es un nuevo discurso de las armas y las letras. La poesía, vencida, celebra al vencedor. España, reino glorioso en el que todavía se conciertan bien los cantos con las espadas, acababa de sufrir, en el momento de aparición del poema, la derrota militar de 1898 en la guerra hispano-norteamericana. Ningún verso de Londoño alude a tal circunstancia.

PLEGARIA A DON QUIJOTE

Embrazo tu rodela ¡oh gran guerrero!
Son menester tu ardor y valentía.
Cúmple una hazaña tal que el mundo entero
salude a la gentil caballería.

Aquí anhelando por tu lanza, espera
vencida multitud de trovadores
que con los ojos en la azul esfera
cantan, sin ser oídos, sus dolores.

Pulsan süaves cítaras de oro,
y de ciprés ceñida la cabeza
lamentan en exámetro sonoro
la extinta fe, la universal tristeza.

Ellos jamás doblaron las cervices
ante sucia caterva de villanos;
prefieren al baldón ser infelices
y no manchan la albura de sus manos.

Acude, oh don Quijote. La hermosura
rendida a la vejez libidinosa,
aquí al tálamo impuro se apresura
y en oro trueca su esplendor de diosa.

La torpe juventud en los festines
la fuerza agota de sus años bellos,
y vaga entre rufianes y malsines
ungida con esencias los cabellos.

En tanto el labrador su fundo pierde,
siervo de la codicia; el techo humoso
se rinde al hierro, y en el campo verde
alza mole feudal el poderoso.

¡Oh don Quijote, vén! Tras Rocinante,
en pos de lo ideal, á ignota cumbre
contigo iremos, Caballero andante
de la orden sin par espejo y lumbré.

Allí, cerca del cielo, en gayos giros
nos hablarás de tu virtud; del puro
y tierno amor, enjambre de suspiros,
y del amparo al sufrimiento oscuro.

Allí estarán los nobles adalides
de yelmo y cota y rara gentileza;
los poetas allí, en graciosas lides,
emularán cantando a la Belleza.

Y allí no desharán tus altos sueños
los súbditos del vientre; con delicia
secundarán los héroes tus empeños
por tu deidad más cara: la Justicia.

¡Ven, oh divino vengador de agravios!
¡Oh escudo de los tristes y afligidos!
Ven, oh señor de los consejos sabios,
y haznos sobrios y castos y sufridos.

Que no se aliviará nuestra amargura
hasta que cerca ¡oh noble don Quijote!
se destaque tu escuálida figura
y se oiga al fin de Rocinante el trote.

Luis María Mora (1869-1936)

[*Arpa de cinco cuerdas*. Roma: Imprenta Salesiana, 1929.
39-41]

La “Plegaria a don Quijote”, de Luis María Mora, termina con la misma imagen final del poema de Londoño: el trote de Rocinante. Y no en el tono humorístico con que aparece

en la novela de Cervantes, sino tomado muy seriamente como emblema de restauración de tradiciones perdidas. “Aquí anhelando por tu lanza”, escribe Mora. De la misma estirpe ideológica de Casas y Valencia, invoca los ardores guerreros de don Quijote e implora su regreso a un mundo en el que se ha extinguido la fe, dominan los súbditos del vientre y la codicia, y la juventud derrocha su fuerza en festines, olvidando el yelmo y la cota de los antiguos adalides. La plegaria: “Haznos sobrios y castos y sufridos”, es la misma en boca de todos los quijotes conservadores y tiene su sentido implícito: devuélvenos al pasado y líbranos de la modernidad.

¡OH SANCHO!

¡Oh Sancho! ¡Tú no has muerto! Entre la inquieta
y abigarrada multitud del día
he visto destacarse tu silueta
en medio de estruendosa algarabía.

Mas ¡cuán cambiado estás! ¡cuán elegante!
¿Quién será el que al mirarte te reproche?
Has trocado la albarda por el guante
y, olvidando el rocín, andas en coche.

Dejando a un lado el exterior ropaje,
arreas vistes hoy de caballero:
¿quién pudiera ¡oh buen Sancho! en ese traje
descubrir al ruin del escudero?

Sólo tu tosco espíritu no muda;
hoy, como ayer, encarna la materia;
¿qué es a tus ojos esta amarga y ruda
batalla del dolor? Sólo una feria.

¡Eres el mismo! Aún brota de tus labios
la bonachona y hueca carcajada;
paseas con orgullo entre los sabios
tu figura burguesa y desgarbada.

Y en tanto que Quijote en la pelea
rueda entre el polvo con la adarga rota,
invocando a la hermosa Dulcinea
y soñando en una Ínsula remota,

pasas tú por el mundo que se inclina
al mirarte surgir en el proscenio:
que en esta edad bizarra y peregrina
sólo alumbra una luz: la de tu genio.

¡Oh manchegos! ¡Oh bravos paladines
que marcháis por el áspero camino
al compás de los bélicos clarines
desafiando las iras del destino!

Cesó vuestra misión. ¿Os maravilla?
Colgad la espada del ruinoso muro,
y en Sancho, el escudero sin mancilla,
saludad a los héroes del futuro.

¿Qué importa el ideal? Mustio y herido,
como vosotros, al tremendo embate
de la lucha tenaz, quedó tendido
sobre el sangriento campo del combate.

Ricardo Nieto (1878-1952)

[*Parnaso colombiano. Nueva antología*. 4ª edición. Ed. F. Caro Grau. Barcelona: Casa Editorial Maucci, 1920. 195-196.]

“El mundo es ya la ínsula del señor Sancho Panza”, decía Max Grillo en su poema “Cervantes en el Empíreo”. Ricardo Nieto hace explícita la transposición tantas veces insinuada en la poesía quijotesca de los dos últimos siglos: Sancho Panza se ha convertido en caballero, pero no caballero en el sentido en que lo fue don Quijote, sino caballero burgués. Sólo su tosco espíritu no muda, escribe Nieto, sin ahorrarse la queja por el ideal perdido: “hoy, como ayer, encarna la materia”.

A DON QUIJOTE

(En el centenario de la muerte de Cervantes)

¡Salud maestro insigne de proezas,
épico soñador de adusto ceño,
forjador inmortal de áureas grandezas,
de un mundo de ilusión señor y dueño!

Grande fue tu locura, heroico el gesto
desfacedor de agravios
y criador de hazañosas ocasiones;
cual ninguno animoso en el arresto;
decidor y discreto entre los sabios,
y pío entre piadosos corazones.

El honor fue tu guía; digna y alta
aspiración de tu alma Dulcinea;
flor la más pura que tu ensueño esmalta,
gayo sol del espíritu que exalta
y al prender en la mente se hace idea.

Nada contra tu brazo logró el rudo
golpe de los molinos ni el garrote
irreverente del yangüés sañudo,
¡altivo y temerario don Quijote!

Por encima del golpe iba el empeno,
¡y era más viva que el dolor la llama
sacra del ideal!... ¡Magia del sueño
que en prodigiosos éxtasis inflama!

¡Caballero sin par, rey de los altos
pensares y las grandes concepciones!
De tu ánimo, señor, estamos faltos,
sin fe no vuelan ya nuestras canciones.

¿Qué fue de las virtudes de tu raza?
El metal de tus armas ya no brilla;
hay otro vil metal que lo reemplaza,
y duermen los leones de Castilla.

Sé nos propicio en esta edad de prosa
y sórdido interés, que la locura
suele el brillo tener de una preciosa
piedra maravillosa de hermosura.

Sé nos propicio; aliente tu osadía
nuestra flaqueza... Aviva el vacilante
fuego de nuestra fe, y en la porfía
el ánimo sostén con la pujante
fuerza de tu frondosa fantasía.

Alberto Carvajal (1882-?)

[*Salmos y elegías (ritmos breves)*. Cali: Carvajal, 1939. 33-35.]

De las varias letanías a Nuestro Señor don Quijote en esta antología, la de Alberto Carvajal es la más cercana a la de Rubén Darío. El autor de este poema "A don Quijote" opone, como Darío, la visión antipragmática, idealista y quijotesca de la nobleza espiritual hispánica, a los valores del dinero y del lucro, un tema que es también característico en los sonetos de José Joaquín Casas. Pero en Carvajal, no son las pretensiones de identidad de clase las que predominan. Su contraposición es estética: frente al mundo de la prosa y el sórdido interés, el mundo de la poesía y la fuerza de la fantasía, simbolizados en don Quijote.

LA EPOPEYA DEL CÓNDOR (Fragmento)

Espíritus videntes
predican paz, y anuncian la llegada
del Titán, que, cortando las ortigas
de nuestros viejos odios carniceros,
desatará las prósperas espigas
como un río de oro en los graneros.

¡Honor y gloria para Sancho: brote
de la prudencia suma
guía, escudo y sostén de don Quijote!
Olvidemos la pluma,
la espada y los orígenes proceros;
durmamos en molicie musulmana
el sueño de los brutos... Y mañana
cuando atrapen los cármes opimos
de la heredad los burdos mercaderes,
¡tendremos que llorar como mujeres
lo que guardar como hombres no supimos!

Arde el fuego sagrado
del honor en el templo del Pasado:
¡jamás podrán vestir con la librea
con que viste el lacayo y el eunuco
los que fueron leones de la idea
en Puebla y en Junín y en Chacabuco!

Aurelio Martínez Mutis (1884-1954)

[En Antonio Cacia Prada. *Aurelio Martínez Mutis. El poeta de las epopeyas*. Bogotá: Kelly, 1988. 110-111.]

“La epopeya del cóndor” de Aurelio Martínez Mutis es un extenso poema, de tono altisonante, premiado en 1914, en un concurso internacional abierto en París por la revista *Mundial*, dirigida por Rubén Darío. El águila y el cóndor,

símbolos contrapuestos de la América del Norte y la América Latina, respectivamente, se transforman, en un momento del poema, en Sancho y don Quijote, como ya había sucedido en los versos de Carlos E. Restrepo. El caballero es invocado una vez más en el intento de recuperar el fuego sagrado del honor, la tradición hispánica, en contra de los “burdos mercaderes”, los rudos sajones del soneto de Restrepo.

LA CANCIÓN DE ALTISIDORA

I

Hidalgo sin amor y sin ventura,
que ante los puntos de tus medias verdes,
en un abismo de dolor te pierdes
humillando la escuálida figura.

Depón, cuitado, tu dolor, ahora
que cantando se llega hasta tus rejas
ese alado decir de amantes quejas
con que te miente amor Altisidora.

Lírico engaño que tu pecho expande
y tu esforzado espíritu alborozas,
poniendo grato fin a tu desvelo.

¡Mentira sabia y luminosa y grande,
como es sabia y es grande y luminosa
esta mentira azul del vasto cielo!...

II

¡Mas no, señor hidalgo! El breve gozo
no exaltará tu ánimo; que ausente
está el Amor; y la encendida mente
y el noble corazón, en el Toboso.

Que mente y corazón, jamás rendida
verán tu fama al lisonjero ruego;
ni han de vencer al paladín manchego
el dulce engaño o la canción mentida...

Que si es dulce el engaño y es hermosa
la que te miente amor, otra es tu dama
¡oh, Señor del Ensueño y de la Idea!,

otro el anhelo que tu sed rebosa,
y otro el fuego divino en que se inflama
tu locura triunfante: ¡Dulcinea!

José Restrepo Rivera (1890-1958)
[*El Gráfico* 284-285 (abril 29 de 1916): 271.]

Los dos sonetos de Restrepo Rivera sobre el episodio de los amores fingidos de Altisidora parecen inspirados por una frase de don Quijote en el capítulo 44 de la segunda parte, cuando la duquesa le ofrece cuatro doncellas de las más hermosas para servirle. El caballero responde que ha levantado una muralla entre sus deseos y su honestidad. El primer soneto se refiere a los deseos: exhorta a don Quijote a echar abajo la muralla y permitir que, aunque engañosos, alborocen su espíritu y pongan fin a su desvelo. El segundo lo anima a mantener en alto la muralla, pues el goce sensual será breve frente a la eternidad del amor. La muralla es Dulcinea.

UNAS PALABRAS A DON QUIJOTE

Rebotan en el peto de tu recia armadura
—Padre nuestro y Maestro de la Caballería—
los dardos que te asesta la zafia hipocresía
del barbero y el ama, la sobrina y el cura.

Pero como una estrella bajo la noche oscura
el yelmo de Mambrino las almas fieles guía,
que en el vino divino de la melancolía
hallaron la embriaguez de tu sabia locura.

Y así, mientras la prole de Sancho se acrecienta
y desborda, nosotros sobre la ruta cruenta
seguimos tus pendones y vamos tras la pía

ínsula del Ensueño, donde te encontraremos.
¿Qué importa si los bárbaros la llaman Utopía?
Para que sea verdad, basta que la soñemos...

Roberto Liévano (1894-1975)

[*El mensaje inconcluso (Poesías)*. Bogotá: Ministerio de Educación, 1947. 67.]

Roberto Liévano pertenece, en este soneto, a la cofradía de los esteticistas que ven en don Quijote, no tanto el paladín guerrero, sino el poeta. Por eso, los dos símbolos que prefiere son el yelmo de Mambrino y la ínsula Barataria, algo así como los triunfos momentáneos de la fantasía sobre la realidad. Quijotes son los que van “tras la pía ínsula del Ensueño” que algunos llaman Utopía. Los demás son antiqijotes: sanchos, amas, curas, sobrinas, barberos. Extraño que, siendo Barataria una isla soñada, su soñador, Sancho Panza, se encuentre en la lista de los no soñadores.

POEMILLA DE BOGISLAO (Fragmento)

Voznó ahora otro quidam: —Yo soy el sueño Sancho
—Sancho de Panza—, mejor Quijote, que no leí Caballerías...
Ni me petaba Aldonza Lorenzo... Harta de ajos
cualquiera Maritornes... Yo fui mejor Quijote
de la Mancha! Quijote no libresco: Caballería andante fue la mía,
sin tantos Palmerines ni Amadises de Gaula,
Galaores y Lanzarotes, Orianas y Ginebras, Micomiconas y
Caraculiambros...!
—Yo soy el sueño Sancho, Sancho de Panza de la Barataria!

León de Greiff (1895-1976)

[En *Velero paradójico (Séptimo mamotreto)*. *Obra completa*.
Tomo III. Bogotá: Procultura, 1986. 267-268]

El “Poemilla de Bogislao” es un catálogo de sueños, o una “marea” de sueños, según de Greiff. Algunos de ellos son figuras míticas o personajes literarios: Hamlet, Ulalume, Tristán. De esa marea emerge un instante “el sueño Sancho Panza”, un quijote mejor que don Quijote, por no ser sueño libresco sino fantasía libre en busca de la isla encantada. De Greiff entiende la ínsula Barataria, igual que Liévano, como un sueño utópico, significado contrario al de “la ínsula del Señor Sancho Panza” en los versos de Grillo, reino de la vulgaridad y el materialismo. En contraposición al soneto de Liévano, ve en Sancho un quijote, buscador de utopías.

DON QUIJOTE MUERE EN POPAYÁN

Monótonas campanas anunciaban el “Angelus” de la tarde, y algunas ventanas se aclaraban lanzando breves marcos de claridad dudosa sobre el suelo arenoso de la desierta calle, cuando corrió la voz de que el Manchego excéntrico, huésped de Popayán desde hacía varios años, y que habitaba un sordo caserón, con un patio que tenía dos tinajas sembradas de geranios, estaba agonizando, sin otra compañía que su perro de caza y una sirvienta indígena que, ya cuando el Hidalgo descansaba en el lecho, suspendía de un clavo, en la pared, la espada, y le ataba un pañuelo de seda a la cabeza. Al punto don Santiago del Águila, ciñendo con una parda capa su señorial cintura, fue a visitarlo. Eran entrañables amigos, y, aunque supersticiosos, firmísimos cristianos.

— Su Merced, no se muera— dijo el señor del Águila, y besó la amarilla mano de don Quijote.

— No se muera, que hay muchos libros que todavía podemos leer juntos, y comentar, durante las noches en que el sueño huye de nuestros ojos, y volvemos la hoja final, al mismo tiempo que el farol de la esquina, ya cansado, agoniza.

— No se muera, que abundan los zorros en el campo y aún entran en los amplios solares de la villa, y así tendrán oficio nuestros perros, que viven atados a una argolla, en la mitad del patio.

— ¡Oh! —dijo don Quijote— no me matan dolencias del cuerpo, sino una fatal melancolía que tengo aposentada en la mitad del alma. Yo fui vencido un día por ese Caballero de quien hemos hablado, el de la Blanca Luna, que no quiso clavarme su lanza en la garganta, después que hube perdido la honra en mi caída.

En cambio me ordenó reducirme a mi pueblo
por un año, colgando las armas, con olvido
de la caballería. Yo acepté su mandato.
Pero un día, cansado de ese lugar monótono,
y del nocturno diálogo con el Cura capcioso,
me embarqué para América, que era el fácil recurso,
de los desesperados, como entonces se dijo.
Burlé la vigilancia del Ama y la Sobrina
y en un día de julio, casi en la misma fecha
de mi primer salida, bajo un ardiente cielo,
rematé mi propósito. Y así llegué a estas tierras.
Estuve en Santa Fe, la de muchas campanas,
pero el tedioso páramo me fastidió, lo mismo
que su perpetua pugna de alguaciles y clérigos;
Y llegué a Popayán, solar tibio y pacífico,
cuya atmósfera pura despejó mi cerebro.
Me encantaron las calles que conducen al campo,
un cerro, que es un pórtico para el sol y la luna,
y un río que es un juglar con gorguera de encajes.
— Honor para nosotros— prorrumpió don Santiago—
que el primer caballero del siglo haya escogido
estos anchos aleros para aliviar su brazo
del peso de su lanza, terror de los yangüeses,
y amparo de las pobres doncellas desvalidas.
Bien puede, su Merced, holgar en estos patios
donde crece la albahaca, que es planta bienhechora,
y esperar la visita de la luna magnífica
que refuerza de grillos el dintel de las puertas.
— Mi sueño no es profundo— moduló don Quijote—
y cualquier ruido puede secundar mi desvelo.
Después de mi derrota —continuó suspirando—
mi recompensa ha sido esta villa, erigida
por un recio soldado que, con pecho desnudo,
y sin más que una espada de mellado contorno,
se burló de los necios caballeros andantes
haciendo de su vida la mejor aventura.
Por eso aquí se puede respirar esa atmósfera

que inspiró las hazañas de mi antigua locura,
cuando sobre mi casco gravitaba la historia
y era mi vieja lanza, que yo corté de un álamo,
el guión que dividía dos edades del mundo.
Y es mi última amargura, cuando falla mi pulso,
el pensar que esta América no pasó por mi mente,
no obstante mi lectura de Platón, y al contrario,
soñé en tierras quiméricas y en ínsulas extrañas,
que hoy maldigo. Esta América se anticipó a mi brazo,
y ahora veo más altas que mi sueño estas cumbres,
y más que mi ambición, amplios estos confines.
¡Señor de Belalcázar! A vuestro lado, o solo,
completamente solo, hubiera conquistado
gloria más verdadera que atacando molinos,
o rítmicos tropeles de ovejas baladoras.
¡Qué fútiles mis triunfos! ¡Qué vacuas mis victorias!
Comprendo que esta América, cuyas altas montañas
equilibran el eje de la celeste esfera,
hubieran visto escrito su origen en mi espada,
y en mi puño cerrado su porvenir resuelto.
¿Por qué quiso el destino que naciera tan tarde?
¿Por qué puso en mis manos libros desafortunados
que sólo me ofrecieron el revés de la historia,
y con frágil celada de cartón me mintieron,
y burlaron mis ímpetus con un palo de escoba?
¡Qué pequeña esta América, medida por mi espada!
¡Cuán cerca de mi mano los volcanes andinos
si yo hubiera robado la llama de sus antros
para alumbrar los últimos confines del Imperio!
¿Soy menos esforzado que el Campeador famoso
que peleó en un cortijo, porque eso semejava
la tierra que midió su corcel muchas veces?
En cambio, hubiera yo tenido un enemigo
mayor, que eran los cuatro horizontes, abiertos
ante las fauces ávidas de mi corcel alado.
Aquí hubiera velado mis armas, no montadas
sobre el brocal de un pozo, como en la venta aquella,

sino en la misma orilla de un río tumultuoso,
en el que hubiera entrado, mojando mi cabeza,
para que el nuevo mundo me otorgara su gracia.
¡Oh César! ¡Oh Alejandro! Quién hubiera tenido
no molinos a un lado, sino Imperios al frente.
—Alto ahí —dijo entonces don Santiago del Águila:
su Merced es más grande que esos rudos soldados
porque —brazo de Dios— aspiró a la justicia,
ideal que no muere, porque jamás lo funda
una espada, ni deja que otra espada lo arruine.
— Es cierto— suspiró don Quijote, entornando
los ojos; pero aquello que soñé en mi demencia
bien puede ser el fruto de mi cordura ahora.
don Santiago miraba con recelo al Hidalgo
como si lo creyese preso de otra ilusión. Entonces
se atrevió a preguntarle: —¿Dulcinea del Toboso?
— La luz de mi razón eclipsó ese lucero,
—dijo— añadiendo: ahora yo pienso en mi sobrina.
Recuerdo que era dulce, resignada, risueña.
Y queda allá, perdida en esa gris llanura,
como la humilde y triste retama del desierto.
Entró el Padre Grijalba, Párroco formulista,
junto con don Anselmo Vidal, que era el Notario.
Horas después moría el payanés manchego
pensando, al mismo tiempo, en Dios y en su sobrina.
Al expirar, un Cristo rodó sobre las sábanas.
fue sepultado en una esquina de la Plaza
Mayor, bajo los muros de una torre canónica,
clásica fortaleza del carácter hispánico,
que era el último vértice que alumbraba la tarde
bajo el vuelo de alguna golondrina atrapada.
Entre un grave concurso de espadas y gorgueras,
de un mutismo solemne de indígenas y criollos,
con voz solemne dijo el Párroco Grijalba,
erguido ritualmente sobre un alto tablado:
muchísimas ciudades hay en el mundo culto
que envidiarían la gloria de esta villa naciente
al guardar los despojos del Hidalgo manchego.

Providencial designio fue éste, y no capricho del destino. La piedra que sellará esta tumba será también la base de nuestro azar histórico, y de esta fosa egregia, donde manos de niñas, van a regar las hojas de un roble solariego, ha de brotar un hálito de perenne heroísmo que, ilustrando las gestas de la paz y la guerra, les conceda a las plumas la virtud del diamante, y a las recias espadas el fulgor del relámpago. Y así, sobre las puertas, pondremos un escudo que cifre el venturoso porvenir de esta villa: una mano viril que deshoja una palma para ceñir la frente de los futuros próceres. Custodiad esta tumba, terminó el eclesiástico, y el pueblo respondió con un gran juramento frente al volcán lejano, que alzaba su penacho, sojuzgando las cúspides de la azul lontananza, con su orgullo de antiguo Capitán de los montes.

Rafael Maya (1897-1980)

[*El tiempo recobrado*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1974. 79-87]

En “Don Quijote muere en Popayán” vuelve Maya a la mencionada leyenda de esa ciudad colombiana como lugar donde muere don Quijote, yace enterrado su cuerpo y pervive su espíritu. Pero no se trata aquí de una visión o un delirio del poeta, como en el poema de Valencia, sino de un relato en tono menor, casi coloquial, sin altisonancias ni interferencias egolátricas. Don Quijote cuenta su llegada a América, describe los encantos de la ciudad que escogió por morada y lamenta haber soñado, en su locura, con países quiméricos en lugar de poner su mente y su espada en el continente americano. Al final, algunos versos de resonancia épica recuerdan que se trata de un poema celebratorio en honor de la ciudad, en el que se intenta ligar su historia con el heroísmo caballeresco de don Quijote.

CERVANTES

Descansa en paz. El mástil de tu razón descuello
muy más allá del Orbe, del Tiempo y de la Moda.
Tu genio es como un roble que la segur no poda
ni al combatirlo el soplo del huracán lo huella.

Toda una estirpe en fuerza de idealizar se acoda
sobre el balcón del cielo para seguir la estrella
que esclareció la ruta de don Alonso... Aquella
donde florece el árbol de nuestra estirpe toda.

Si luce a fuer de hidalgo tu continente el ceño
del héroe, nada importa. De su valor fue dueño
quien no temiera nunca de la crueldad la racha.

Pero no basta él solo. Para inflamar tu empeño,
ila fe que rigió el Fatum del paladín sin tacha
como un diamante ilustra con su fulgor tu sueño!

Rafael Vásquez (1899-1963)

[*La torre del homenaje*. Bogotá: ABC, 1937. 94]

Como Valencia y Casas, Rafael Vásquez busca estirpe en don Alonso. Pero, quizá, la estirpe de los idealizadores mejor que la de los hidalgos.

ORACIÓN A DON QUIJOTE

Don Alonso Quijano: tú que saliste un día
sobre el buen Rocinante, por el ancho sendero,
con peto, con celada, con lanza y escudero
como mandan los libros de la caballería,

a mostrar ante el mundo tu valor, tu hidalguía,
tus nobles ideales de andante caballero,
tu famosa locura, genial aventurero,
que todos desdeñaban y nadie comprendía:

vuélve: yo te lo pido, por favor, a la vida;
que el mundo está esperando, la fe desvanecida,
el valor agotado, los ideales muertos,

que te salgas de nuevo por la escueta llanura,
¡oh sublime Manchego de la triste figura!
“A desfacer agravios y enderezar entuertos”.

Isabel Lleras Retrepo (1911-1965)
[*Sonetos*. Bogotá: Minerva, 1936. 24.]

Otra plegaria a Nuestro Señor don Quijote. Igual que la de Luis María Mora, ésta, de Isabel Lleras Restrepo, es una queja por el estado del mundo, con su falta de fe y su decadencia moral, y un ruego por la vuelta del sublime Manchego a restaurar los nobles ideales de la caballería, tópico incesante en esta antología.

SONETO A DON QUIJOTE

Caballero de nubes levemente
al comienzo del agua azulecido.
Te navega los ojos, encendido,
el ángel de los peces y la fuente.

Lanza de alas soñada de repente
en un sitio de lunas y de olvido.
Rostro de soledad desvanecido
bajo un arpa de cedro adolescente.

Caballero de pena y melodía
vas anunciando tu melancolía
en céfiro de cielo enamorado;

asciendes a la esencia de la altura,
y nace el agua azul de tu locura
en un jardín del aire ilimitado.

Giovanni Quessep (1939)

[*Después del paraíso*. Bogotá: Antares, 1961. 19-20]

Don Quijote ya no pertenece, en este soneto, al mundo histórico, ideológico, lleno de tópicos compartidos y debatidos, como en los poemas anteriores. Aquí los lugares comunes temáticos, dentro de la tradición del quijotismo, quedan suprimidos. En su lugar, el caballero entra en un mundo puramente figurativo de nubes, alas, lunas, arpas y jardines, más cercano al país azul de Piedra y Cielo que al del hidalgo manchego de la novela cervantina.

PARÁBOLA DEL SUEÑO Y DEL POETA

Dulcinea del Toboso
le entrega una rosa a don Quijote,
pero recibe un puñado de nada.
El Caballero de los Espejos
es vencido por el de la Triste Figura,
pero quien triunfa es el sueño.
El Caballero de la Blanca Luna
sojuzga al de la Mancha,
pero el derrotado es el tiempo.
La cabeza se puebla de hazañas
que la realidad acorrala.
Los libros del enfebrecido Caballero
pasan sus hojas con yelmos de oro
y caballos y hechiceros y pendones
y toscos gigantes que muelen
el viento. Pero el cura y el barbero
los vuelven flor de fuego.
Algo así como un sueño proceloso
y Dulcinea a lo lejos
cultivando jardines de nada.

Para Américo Ferrari

Juan Manuel Roca (1946)

[*Cantar de lejanía. Antología personal*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2005. 239.]

En estos versos de Juan Manuel Roca, el tema quijotesco por excelencia sigue siendo el de la contraposición entre sueño y realidad. En el poema campean las verdades que la tradición poética ha visto en la novela de Cervantes: todas las derrotas del caballero son triunfos del sueño. La realidad acorrala esas hazañas, las convierte en nada. Pero la poesía es una victoria contra el tiempo.

